

## LA SEGUNDA PIEL DE TRES ARQUEROS: HERACLES, PARIS Y DOLÓN.

*The second skin of three archers: Herakles, Paris and Dolon.*

**Dr. José Javier Vilariño Rodríguez**

E-mail: jjvr8@hotmail.com

(Universidad del País Vasco)

**RESUMEN:** El uso de pieles de león, leopardo y lobo por parte de Heracles, Paris y Dolón respectivamente, permite revisar, mediante el estudio de los rasgos y poderes atribuidos a estas fieras, la importancia y los estatus otorgados en el mundo griego a cada uno de estos míticos arqueros.

**Palabras clave:** Heracles, Paris, Dolón, Piel de animal.

**ABSTRACT:** The wearing of fur of lions, leopards and wolves by Herakles, Paris and Dolon, respectively, allows us, through the study of the features and power attributed to those beasts, to review the importance and the status granted in the Greek world to each of those legendary archers.

**Key words:** Herakles, Paris, Dolon, Fur.

**Fecha de recepción:** 24-VIII-2010

**Fecha de aceptación:** 21-IX-2010

A la hora de dar cuenta de la simbiosis que se produce entre tres astutos arqueros como Heracles, Paris y Dolón y tres fieras salvajes cuyas pieles éstos acostumbran a revestir, empezaremos por la que sin duda es la asociación más célebre de las tres, la que une la piel de león a Heracles.

Al león, considerado uno de los más grandes y robustos de los félidos, se le acostumbra a denominar el rey de los animales. Su interés a lo largo de la historia queda reflejado no sólo en el hecho de formar parte de innumerables representaciones artísticas o de rituales, sino que en numerosas ocasio-

---

\* Las obras literarias que presentamos en este artículo siguen las traducciones de la Biblioteca Clásica Gredos.

nes se ha asociado su figura a personajes históricos; recuérdese por ejemplo a Ricardo I Rey de Inglaterra al que se le conocía con el sobrenombre de *Corazón de León*, e incluso mitológicos como es el caso de Heracles<sup>1</sup>. El interés que despertó este animal en la Antigüedad queda patente en las palabras de Empédocles, filósofo griego del siglo V a. C., para el cual la mejor transformación del hombre, si su destino es transformarse en animal, es la de convertirse en león<sup>2</sup>.

No es extraño pensar entonces que Heracles, el más célebre de los héroes griegos, comenzara su empresa pacificadora precisamente con la muerte de una de estas fieras, el llamado león de Citerón, cuya hazaña es comentada por Apolodoro en los siguientes términos:

«[Heracles] Estando con el ganado, a los dieciocho años, mató al león del Citerón que destruía los bueyes de Anfitríon y Tespio. Éste era el rey de los tespios, a quien se dirigió Heracles a fin de cazar al león. Tespio lo hospedó durante los cincuenta días que salió a cazar, y cada noche lo hacía acostarse con una de sus hijas (eran cincuenta las que había tenido de Megamede, hija de Arneo), pues deseaba que todas procrearan hijos de Heracles. Éste, creyendo que se unía siempre a la misma, yació con todas. Cuando hubo cazado al león, se cubrió con la piel y usó las fauces como casco»<sup>3</sup>.

Antes de este episodio, y ya desde su más tierna infancia, Heracles había dado muestras de una fuerza descomunal, por encima de cualquier mortal, lo que denota una clara consanguinidad divina de la que Zeus será protagonista. Píndaro relata esta prematura proeza:

«Cómo él, hijo de Zeus, tan pronto como de las entrañas de su madre, escapando a los dolores del parto, vino con su hermano gemelo a la luz admirable, cómo él no pasó inadvertido a Hera de áureo trono, cuando yacía en pañal de color azafrán; sino que la reina de los dioses, en su corazón irritada, envió serpientes al punto. Ellas, abiertas las puertas, del tálamo al rincón espacioso llegaron, deseando a los niños envolver en sus raudas mandíbulas. Pero él levantó la cabeza y ensayó por vez primera la lucha, con sus dos propias manos, ineludibles, al par de serpientes por el cuello apresando. Y el tiempo a las estranguladas aventó las vidas de sus miembros horribles»<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Hom., *Od.*, XI, 266-268: Vino Alcmena tras ella [Antíopa], que tuvo a Anfitríon por marido y engendró al corazón de león, al intrépido Heracles tras haberse entregado en los brazos del máximo Zeus.

<sup>2</sup> Ael., *NA.*, XII, 7.

<sup>3</sup> Apollod., II, 4, 9-10. Cf. S., *Tr.*, 1090-1095 (Traducción y notas de A. Alamillo: *Tragedias de Sófocles*. Madrid, Editorial Gredos, 2002, p. 231). Otro héroe que vestirá la piel de león, según la versión de Higino, será Polinices, mientras que Tideo lo hará con la piel del jabalí. Esto puede ser interpretado como un signo de la virilidad de los respectivos animales, así como de las virtudes que a ella se asocian, es decir, el valor y la fuerza, I. Pérez Miranda: *El fin de la edad de los héroes. Relaciones de género en la mitología griega* (Tesina). Salamanca, 2007, p. 156.

<sup>4</sup> Pi., *N.*, I, 35-47, E., *HF.*, 1263-1269 y Apollod., II, 4, 8.

A pesar de su enfrentamiento con un animal que a lo largo de los tiempos ha inspirado al ser humano, *grosso modo*, una terrible repugnancia y, cuyo peligro infunde gran temor<sup>5</sup>, será la lucha con otra bestia, en este caso el león de Nemea, el preámbulo a sus Trabajos. La referencia más antigua la encontramos en Hesíodo<sup>6</sup>, pero será Apolodoro quien relate detenidamente este primer Trabajo:

«Al oír aquello, Heracles marchó a Tirinto y cumplió lo mandado por Euristeo. Éste primero le ordenó traer la piel del león de Nemea, animal invulnerable nacido de Tifón. Yendo en busca del león, llegó a Cleonas y se hospedó en casa de un jornalero llamado Molorco; cuando éste se disponía a inmolar una víctima Heracles le pidió que aguardara treinta días y, si regresaba indemne de la cacería, ofreciera el sacrificio a Zeus Soter, mientras que si moría, se lo dedicara a él como héroe. Una vez en Nemea y habiendo rastreado al león, primero le disparó sus flechas, pero al darse cuenta de que era invulnerable, lo persiguió con la maza enarbolada; cuando el león se hubo refugiado en una cueva de dos bocas, obstruyó una, entró por la otra en pos del animal, y rodeándole el cuello con el brazo lo mantuvo apretado hasta que lo estranguló; luego lo cargó sobre sus hombros hasta Cleonas. Encontró a Molorco en el último de los treinta días dispuesto a ofrendarle una víctima por creerlo muerto, y entonces dedicó el sacrificio a Zeus Soter y llevó el león a Micenas. Euristeo, receloso de su vigor, le ordenó que en lo sucesivo no entrara en la ciudad sino que expusiera la presa ante las puertas»<sup>7</sup>.

La gran cantidad de representaciones pertenecientes a estos siglos sobre esta primera aventura de Heracles en la región de Nemea, unida a la importancia adquirida por la figura de este férido, hace concluir a algunos estudiosos que como resultado de los frecuentes contactos griegos, el arte griego, al igual que la literatura, habrían sufrido una fuerte influencia del Próximo Oriente y Egipto (VIII-VII a. C.) que se conoce con el nombre de «período orientalizante» del arte griego<sup>8</sup>. Pero este hecho no significa que anteriormente al siglo VIII a. C., no hubiera indicios sobre la existencia de leones tanto en la cultura griega como en la propia Hélade.

---

<sup>5</sup> Esto se produce como consecuencia de la asociación de este reptil al mundo ctónico, pero por otro lado no debemos olvidar que, al mismo tiempo, éste es un ser benéfico, benévolo y protector, adorado por innumerables pueblos de todo el mundo, A. M<sup>a</sup>. Vázquez Hoys y J. Del Hoyo Calleja: «La Gorgona y su triple poder mágico (Aproximación a la magia, la brujería y la superstición. II)», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, 3, 1990, p. 181. Sobre las diferentes simbologías y connotaciones de las serpientes, P. E. Slater: *The Glory of Hera: Greek Mythology and the Great Family*. Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1992, cap. II.

<sup>6</sup> Hes., *Th.*, 327-332.

<sup>7</sup> Apollod., II, 5, 1.

<sup>8</sup> J. E. Coleman: «Ancient Greek Ethnocentrism», en J. E. Coleman y C. A. Walz, *Greeks and Barbarians: essays on the Interactions between Greeks and Non-Greeks in Antiquity and the Consequences for Eurocentrism*. Bethesda, Maryland, CDL Press, 1997, p. 184.

Desde la edad del Bronce tardío griego hay constancia de retratos de leones realizados por artistas, cuya brillante civilización pereció hacia finales del siglo XIII a. C. En la literatura, Homero nos acerca a aspectos de la naturaleza de estos félicos y por qué no decirlo también, de su simbología dentro del contexto mitológico de los versos de la *Ilíada* y de la *Odisea*. La plasmación real de la *Ilíada* se produce hacia finales del Medioevo Helénico (ca. VIII a. C.), pero la esencia de su argumento recoge elementos correspondientes a períodos anteriores (Heládico Reciente), que se entrelazan con los coetáneos al momento de la puesta por escrito de la obra.

De igual modo que los artistas griegos que copiaron los leones de prototipos del Oriente Próximo, y que trataron al león no como un motivo decorativo, sino en el camino de mostrar un conocimiento de la naturaleza de la bestia<sup>9</sup>, Homero seguirá estos principios y como consecuencia de ello, plasmará una visión muy realista de estos animales, tal y como se desprende de los numerosos ejemplos habidos en la *Ilíada*<sup>10</sup>. Aunque estas imágenes que describe Homero inducen a Körner a señalar «que hasta mediados del siglo XIX no hay en toda la literatura europea un cuadro tan exacto de la vida del león, recalando que todo conduce a suponer para la época del poeta su existencia en el Asia Menor», otros autores niegan su pervivencia para entonces y opinan, además, que la leyenda del león de Nemea supondría la última batida de estos felinos en la Grecia continental<sup>11</sup>.

Las evidencias arqueológicas encontradas pueden esclarecer algo en este sentido. En la Península del Peloponeso, en concreto en Tirinto, lugar muy cercano a Nemea, se han hallado fragmentos de huesos de león que datan de alrededor del segundo cuarto del siglo XIII a. C. Entre los restos figuran un hueso de talón, que se localizó en un enterramiento humano y, parte de

<sup>9</sup> J. K. Anderson: *Hunting in the Ancient World*. Londres, University of California Press, 1985, pp. 2-3.

<sup>10</sup> Hom., *Il.*, V, 554-558: Cual dos leones que en las cumbres del monte se crían bajo la madre en las espesuras del profundo bosque, y la pareja, por apresar bueyes y cebado ganado, asola los establos de las gentes, hasta que también los dos mueren a manos de los hombres con el agudo bronce.; Hom., *Il.*, XVII, 132-137: Ayante envolvió con el ancho escudo al Menecíada y se plantó como alrededor de sus cachorros el león al que, de camino con sus crías por el bosque, unos hombres salen al paso con una jauría; y él hace gala de su brío y frunce entero el entrecejo hasta ocultar ambos ojos; así estaba Ayante asentado, para proteger al héroe Patroclo.; Hom., *Il.*, XVIII, 316-322: Entre ellos el Pelida entonó un reiterativo llanto, poniendo sus homicidas manos sobre el pecho de su compañero en medio de entrecortados sollozos, como un melencólico león al que el cazador de ciervos hurta a escondidas sus cachorros del espeso bosque y que al llegar más tarde se aflige y recorre muchas cañadas, rastreado las huellas del hombre con la esperanza de hallarlo, pues una punzante ira lo domina.

<sup>11</sup> L. Gil: «La vida cotidiana», en F. Rodríguez Adrados, M. Fernández-Galiano, L. Gil y J. S. Lasso de la Vega, *Introducción a Homero*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1963, p. 447.

un codo que se halló entre restos de huesos de otros animales como reses, ovejas, cerdos, cabras y perros. Estos descubrimientos han hecho pensar a algunos eruditos en la posibilidad de que la carne de león pudiera haberse consumido en Tirinto, quizás como una fuente mágica de coraje heroico<sup>12</sup>. Esta práctica permanece hasta fines del siglo XIX d. C. entre algunas tribus de África como los namaquas, para quienes consumir la carne de león o beber su sangre, les transmitía el valor y la fuerza de estas bestias, e incluso los wagobos iban aún más lejos, y tenían la creencia que comer el corazón de un león cazado les hacía bravos como él<sup>13</sup>.

Otros testimonios ponen de manifiesto que en parte de la Grecia clásica, hacia el 480 a. C., subsistían estos animales<sup>14</sup>, tal y como relata Herodoto en el siguiente texto:

«Y por cierto que, mientras el monarca [Jerjes] atravesaba esa zona, unas manadas de leones atacaron a los camellos que, en su ejército, transportaban víveres: los leones solían bajar de las montañas por las noches, abandonando sus guaridas, pero no arremetían contra acémila u hombre alguno, únicamente hacían estragos entre los camellos. Y me pregunto, lleno de perplejidad, cuál podía ser la causa que empujaba a los leones a dejar tranquilas a las demás presas y a atacar a los camellos, unos animales a los que, hasta entonces, no habían visto y cuya carne no habían probado.

Por esos parajes abundan los leones, así como los bueyes salvajes, cuyas enormes cornamentas son las que se importan a Grecia. El hábitat de los leones está delimitado por el río Nesto, que atraviesa el territorio de Abdera, y por el Aqueloo, que atraviesa Acarnania; pues no puede verse un solo león en parte alguna de toda Europa Oriental, al Este del Nesto, ni en el resto del continente, al Oeste del Aqueloo; únicamente se encuentran en la zona comprendida entre esos ríos»<sup>15</sup>.

La importancia que adquiere la piel de león se refleja en dos episodios de la vida de Heracles. El primero corresponde al último Trabajo del héroe<sup>16</sup>, o lo que es lo mismo, la búsqueda del can Cerbero, y el segundo a la servidumbre en el palacio de la reina Ónfale. Apolodoro relata el episodio del monstruo del Hades de la siguiente manera:

<sup>12</sup> J. K. Anderson (1985), p. 4.

<sup>13</sup> J. G. Frazer: *La rama dorada*. Traducción editada por el Fondo de Cultura Económica. Madrid, 2001, p. 562, de *The Golden Bough*. Nueva York: The Macmillan Company, 1922.

<sup>14</sup> M. Benavente: «Mito, folclore y realidad en la tragedia griega», *Cuadernos de Filología Clásica* (Estudios griegos e indoeuropeos) 6, 1996, p. 305.

<sup>15</sup> Hdt., VII, 125–126. Cf. Arist., *HA.*, VIII, 28, 606b 15-16. Otra información bien distinta para este siglo IV a. C., nos la proporciona X., *Cyr.*, XI, 1: Leones y leopardos, linceos, panteras, osos y todas las demás fieras de la misma clase son capturadas en países extranjeros, en los alrededores del monte Pangeo y del Cito, que está detrás de Macedonia, en los del Olimpo de Misia y del Pindo, los de Nisa, pasada Siria, y en otros montes adecuados para la cría de tales fieras.

<sup>16</sup> Cf. D. S., IV, 25, 1.

«Como duodécimo trabajo se le ordenó traer del Hades a Cerbero. Éste tenía tres cabezas de perro, cola de dragón y en el dorso cabezas de toda clase de serpientes... Cuando Heracles pidió el Cerbero a Plutón, éste le concedió llevárselo si lo dominaba sin hacer uso de las armas que portaba. Heracles, cubierto con la coraza y con la piel de león, lo encontró a las puertas del Aqueronte, rodeó con sus brazos la cabeza de la bestia, y aunque lo mordió la serpiente de la cola, no lo soltó, oprimiéndolo y ahogándolo, hasta que se hubo rendido. Tras la captura subió de regreso por Trezén. Démeter transformó a Ascálafo en buho, y Heracles, una vez mostrado el Cerbero a Euristeo, lo volvió al Hades»<sup>17</sup>.

La piel de león<sup>18</sup> junto a la coraza, actuarán como una armadura cuya misión consistirá en proteger a Heracles de las agresiones físicas y, de este modo, aquella se convertirá en las representaciones artísticas, en la prenda y símbolo característicos del héroe.

Es curioso observar cómo este Trabajo y su primera gran aventura con el león de Nemea, guardan enormes similitudes entre sí. En primer lugar, la relación de parentesco que existe entre las dos bestias, mencionada en una de las obras hesiódicas<sup>19</sup>. El segundo punto a resaltar es que ambos animales son atacados sin ningún tipo de arma, lo que denota el valor que adquieren estos dos Trabajos en la figura de Heracles. El héroe utilizará para someter a sus adversarios su cualidad más significativa: la fuerza física. Por último, es preciso aludir a las guaridas que cobijan a estos seres, ya que se tratan, en ambos casos, de cuevas con dos bocas, las cuales serán utilizadas por Heracles como entrada, caso del Ténaro (Esparta), o como salida, caso de Trezén (Atenas<sup>20</sup>), o para impedir la huida del monstruo como sucede en el episodio del león de Nemea<sup>21</sup>.

El primer Trabajo, al margen de las aventuras anteriores, consagrará a Heracles como héroe al tener que utilizar la fuerza como único medio para derrotar a su oponente, mientras que su último gran Trabajo supone el culmen de su trayectoria, porque en el descenso al mundo de las sombras se percibe una intención soteriológica: encontrar el camino de salvación o regreso, lograr una catarsis individual [como le sucede a Heracles], etc.<sup>22</sup>

<sup>17</sup> Apollod., II, 5, 12.

<sup>18</sup> A. Alamillo (2002), nota 68. La piel de león y la maza de Heracles poseerán una enorme importancia para los filósofos estoicos que tendrán sus análogos en el manto y el bastón, al igual que la figura de Heracles se convertirá en su héroe por excelencia, G. Deleuze: *Logique du sens*. París, Les Éditions de Minuit, 1969, pp. 152-158. En este mismo sentido, J. C. Bermejo Barrera y S. Reboreda Morillo: «El héroe griego: mito, culto y literatura», en J. C. Bermejo Barrera, F. J. González García y S. Reboreda Morillo, *Los Orígenes de la Mitología Griega*. Madrid, Akal, 1996, p. 143.

<sup>19</sup> Hes., *Th.*, 307-313 y 327-330.

<sup>20</sup> Véase Apollod., II, 5, 12.

<sup>21</sup> Véase Apollod., II, 5, 1.

<sup>22</sup> P. González Serrano: «Catábasis y resurrección», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, 12, 1999, p. 131. Existen escasos héroes que durante su vida hayan emprendido una *katábasis*. Entre

La esclavitud a la que se ve sometido Heracles por parte de la reina lidia Ónfale, es puesta de relieve, a modo de lamento, en una carta escrita por la legítima esposa del héroe, Deyanira. Las duras palabras con las que se expresa reflejan todo su sentir:

«También se adornó la ninfa dardania –Ónfale– con tus armas quitándole a su cautivo marido sus famosos atributos.

Vamos, ámate y recapitula tus valientes proezas: con razón fue ella lo que tú no eras, un hombre. Eres menos que ella en la misma medida en que vencerte a ti, el mejor de todos, era más que vencer a los que tú venciste. En ella para el volumen de tus hazañas, deja paso al mejor: tu amiga es depositaria de tu gloria. ¡Qué vergüenza! La áspera piel arrancada del lomo del velludo león cubrió blandas caderas. Estás equivocado, y eres un ignorante: esa piel no es del león, sino la tuya, y tú eres el vencedor del león, ella de ti. Una mujer ha llevado las flechas ennegrecidas con el veneno de Lerna, una mujer que apenas es capaz de sostener un huso cargado de lana, y ha armado su mano con la clava domeñadora de fieras salvajes y en el espejo ha visto la armadura de su marido»<sup>23</sup>.

Wulff pone de manifiesto en este episodio que «no se trata sólo de bajar de categoría entre hombre libre y siervo, sino que se pone en funcionamiento otro juego de categorías, también jerárquicas, las de varón y mujer»<sup>24</sup>. La imagen del superhombre es degradada de tal manera que «la aparición de ella con las armas y la piel de león de él remite a un triunfo también, es más, a uno sobre un enemigo muerto al que despoja de sus armas, algo indudablemente presente en el mundo griego y romano»<sup>25</sup>. Esto conlleva no sólo la derrota de Heracles, sino también la de su identidad heroica y por consiguiente su masculinidad<sup>26</sup>. Una masculinidad que pone en entredicho Deyanira cuando comenta:

«...que del cuello de Hércules cuelgan collares, de aquel cuello para el que la bóveda del cielo fue ligera carga. ¿No te da vergüenza de rodear de piezas de oro tus fuertes brazos y de atiborrar de gemas tus recios músculos?... ¿No te da vergüenza haberte rebajado a llevar ceñidor meonio como una muchacha indecente?... Si Busilis te hubiera visto en ese disfraz con razón le habría dado vergüenza

---

ellos, Heracles, Pirítoo y Teseo, Orfeo y Odiseo. En la *katábasis* de Heracles actuará la *hybris*, al igual que en Pirítoo, mientras que con Odiseo tendrá en común que ninguno de los dos desea descender al Hades, J. L. Calvo Martínez: «The *katábasis* of the hero», en V. Pirenne-Delforge y E. Suárez de la Torre, (eds.), *Héros et héroïnes dans les mythes et les cultes grecs*. Lieja, Centre International d'Étude de la Religion Grecque Antique, 2000, pp. 67-78.

<sup>23</sup> Ov., *Her.*, IX, 104–118.

<sup>24</sup> F. Wulff Alonso: *La fortaleza asediada: diosas, héroes y mujeres poderosas en el mito griego*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1997, p. 118.

<sup>25</sup> F. Wulff Alonso (1997), p. 122.

<sup>26</sup> F. Wulff Alonso (1997), p. 123.

haber sido vencido por tal vencedor. Que Anteo te arranque del cuello esos colgajos, para que no le pese haber caído a manos de un afeminado»<sup>27</sup>.

Esta alteración de roles que se manifiesta en el cambio de ropas, es interpretado como el signo mismo de la esclavitud del más viril de los hombres por la más oriental de las mujeres<sup>28</sup>. Una esclavitud que se sitúa más allá del binomio hombre libre/esclavo, varón/hembra, puesto que el mayor héroe griego ha sido «derrotado» y puesto en evidencia, no sólo por un ser humano del sexo opuesto, sino por Ónfale, la mayor de las reinas bárbaras. Este Trabajo se confirma como la mayor humillación sufrida por Heracles a lo largo de su trayectoria, muy por encima del que le llevó a limpiar los establos del rey de Élide, Augias<sup>29</sup>.

Todo lo expuesto hasta ahora enfatiza aún más la conexión existente entre el héroe y estos félidos, hasta tal punto que las figuras de estos animales quedarán labradas en el escudo que Hefesto, dios del fuego, fabricó para Heracles, como deja constancia Hesíodo en la siguiente descripción:

«Allí había manadas de jabalíes y de leones que se miraban fijamente, furiosos y dispuestos al ataque. Sus filas estaban apiñadas y en absoluto temblaban ni unos ni otros, si bien ambos tenían erizados sus cuellos. Ya para aquéllos yacía muerto un enorme león; y a su lado, dos jabalíes privados de vida; bajo él, negra sangre goteaba al suelo; y éstos, con el cuello desplomado, yacían muertos por los terribles leones. Aquéllos todavía más se erguían furiosos para luchar, unos y otros: los jabalíes y los leones de encendida mirada»<sup>30</sup>.

Hasta aquí hemos podido observar cómo entre el héroe y la bestia se produce un vínculo que va más allá de cualquier duda, una unión que se fortalece y que, al mismo tiempo, se consolida, al analizar la propia naturaleza que ambos exhiben en su haber:

«Dice Demócrito que el león es el único animal que nace con los ojos abiertos y que, desde que nace, ya es, en cierta manera, una criatura furiosa y dispuesta a emprender acciones esforzadas»<sup>31</sup>.

Al igual que el león, Heracles desde su alumbramiento ha sido predestinado a llevar a cabo tareas que se encuentran fuera de los ámbitos de cualquier mortal. La vida de Heracles será una continua aventura que le

<sup>27</sup> Ov., *Her.*, IX, 57-73.

<sup>28</sup> C. Jourdain-Annequin: «Héraclès *latris* et *doulos* sur quelques aspects du travail dans le mythe héroïque», *Dialogues d'histoire ancienne* 11, 1985, p. 505.

<sup>29</sup> Apollod., II, 5, 5.

<sup>30</sup> Hes., *Sc.*, 168-177. Un interesante artículo sobre el conocimiento, en general, del *Escudo* de Heracles, J. Vara Donado: «Contribución al conocimiento del *Escudo* de Heracles: Hesíodo, autor del poema», *Cuadernos de Filología Clásica* IV, 1972, pp. 315-365 y, en particular, sobre el carácter del héroe, pp. 337-343.

<sup>31</sup> Ael., *NA.*, V, 39.



conducirá hasta los lugares más recónditos de la tierra, con el único fin de alcanzar su pacificación y, por consiguiente, instaurar de una manera definitiva la civilización. Para realizar esta ardua labor emprenderá toda una serie de actos valerosos acordes a su condición de héroe.

Aristóteles en su obra *Investigación sobre los animales*, señala que los leones son nobles, bravos y bien nacidos, y remarca además que bien nacido es, en efecto, el animal que procede de buen linaje<sup>32</sup>.

Heracles desciende de la estirpe de los Perseidas puesto que su padre putativo Anfitrón y su madre Alcmena eran hijos de Alceo y Electrión respectivamente<sup>33</sup>, y ambos, de Perseo y Andrómeda<sup>34</sup>. Aunque el verdadero padre de Heracles fue el divino Zeus, el cual urdió un engaño para unirse a Alcmena y, así, poder engendrar a tan deseado héroe<sup>35</sup>. Por otra parte, la bravura y la nobleza de Heracles son indiscutibles en la Antigüedad, hasta tal punto que el poeta Homero le concedió el calificativo de corazón de león<sup>36</sup>.

Tiene el león, además de fortaleza, inteligencia<sup>37</sup>. Con estas palabras define Eliano a este férido, cuyas cualidades van parejas a las del héroe tebano. Ya señalamos cómo Heracles desde su nacimiento<sup>38</sup> mostró una vigorosidad que lo convertía en un ser especial, alejado de las condiciones de cualquier humano. Este atributo que se convertirá en la principal seña de identidad del héroe y que le permitirá salir victorioso en cada uno de los episodios de su extensa trayectoria, irá acompañado, aunque sólo sea en determinadas ocasiones y en momentos concretos, de otra cualidad que es más propia de otros héroes que del mismísimo Heracles, la inteligencia. En este aspecto es revelador el episodio de las manzanas de oro de las Hespérides y, en concreto, la situación que se genera entre Heracles y el gigante Atlas, sostenedor de la bóveda celeste<sup>39</sup>.

Sobre la relación existente entre el macho y la hembra de estos féridos, Eliano afirma lo siguiente:

«El lobo y la loba comen juntos, también el caballo y la yegua, pero no el león y la leona, dado que el león y la leona no llevan el mismo camino cuando van a cazar o cuando beben. La razón es que, como dicen los viejos escritores, no necesitan el uno del otro porque confían en la propia fortaleza corporal»<sup>40</sup>.

<sup>32</sup> Arist., *HA.*, I, 1, 488b 17–19.

<sup>33</sup> Apollod., II, 4, 5.

<sup>34</sup> Hes., *Fr.* 135 (= Papiro del Cairo 45624).

<sup>35</sup> Hes., *Sc.*, 1–56. Cf. Apollod., II, 4, 8.

<sup>36</sup> Véase Hom., *Od.*, XI, 267.

<sup>37</sup> Véase Ael., *NA.*, V, 39.

<sup>38</sup> Véase Pi., *N.*, I, 35–47.

<sup>39</sup> 3F16–17, Jacoby. Cf. Apollod., II, 5, 11.

<sup>40</sup> Ael., *NA.*, IV, 3.

De igual manera que les sucede a los leones, le ocurrirá a Heracles con respecto a su familia y esposa. En las *Traquinias* de Sófocles, donde interviene como protagonista el héroe tebano, la clave fundamental reside en el profundo distanciamiento con respecto a sus seres queridos. En esta tragedia, Deyanira espera ansiosamente noticias de Heracles, tras haber concluido sus Trabajos a las órdenes de su primo Euristeo. El héroe ha servido a Grecia, pero a cambio, ha desatendido a su familia tal y como lo expresa Deyanira con el siguiente símil:

«Zeus, el que dirime los combates, puso un término feliz, si es que verdaderamente fue feliz, ya que, desde que he sido unida a Heracles como esposa elegida, alimento siempre temor tras temor en mi preocupación por él. Una noche trae consigo sufrimiento y la noche siguiente lo quita. Hemos tenido hijos a los que él, como un labrador que adquiere un campo distante, sólo ha visto una vez en la siembra y en la recogida. Tal es el destino que hace a este hombre marcharse continuamente del palacio y volver a él, siempre al servicio de alguien»<sup>41</sup>.

Este distanciamiento adquiere tanta magnitud que «los dos protagonistas de este drama no se encuentran, hasta tal punto que en Atenas era el mismo actor el que representaba los dos papeles»<sup>42</sup>.

Para finalizar con este análisis comparativo entre el héroe y la bestia, mencionaremos dos textos de Eliano que son significativos al respecto:

«Cuando empieza a envejecer [el león] se dirige a apriscos, cabañas y lugares cavernosos ocupados por pastores y ello es natural: pues ya no puede aventurarse a cazar en las montañas. Aborrece el fuego»<sup>43</sup>.

«El león es un animal muy fogoso: he aquí el motivo por el cual los egipcios lo relacionan con Hefesto. Mas, según dicen, le desagrada y rehúye el fuego exterior, porque le abrasa el interior. Y como es de naturaleza muy ígnea, dicen que el León es la morada del Sol. Y cuando el Sol está en su mayor grado de calor y en el ápice del verano, dicen que se aproxima el León.

Más aún, los que habitan la gran Heliópolis alimentan en los propileos del dios a estos leones, partícipes, como dicen los egipcios, de la condición de dioses. Además se aparecen en sueños a aquellos a quienes los dioses miran favorablemente y formulan profecías, y a aquellos que han perjurado los castigan, no tardíamente sino inmediatamente, porque el dios les inspira su justa indignación»<sup>44</sup>.

El fuego ha sido un elemento que desde su descubrimiento, y a lo largo de la historia, ha tenido una enorme importancia, además de ir acompañado siempre de toda una carga simbólica. Heracles no podía permanecer ajeno a

<sup>41</sup> S., *Tr.*, 26–35.

<sup>42</sup> A. Bernand: *La carte du tragique. La géographie dans la tragédie grecque*. París, Éditions du CNRS, 1985, p. 336.

<sup>43</sup> Ael., *NA.*, IV, 34.

<sup>44</sup> Ael., *NA.*, XII, 7.

ello y así, el amarillo, en el sentido de «dorado, rubio», se aplica entre otras cosas al oro, fuego, etc., incluso a los cabellos, caso de Heracles, o a la piel «color de fuego» del león de Nemea, con la que el héroe se cubrirá<sup>45</sup>, como también afirmará Eurípides<sup>46</sup>. El fuego, de igual manera, jugará un papel principal en la muerte del héroe, cuya cremación se realizó en una pira construida en la cima del monte Eta, en Tesalia. Unas excavaciones realizadas en él revelaron la existencia de pequeñas figuras humanas, encontradas entre restos de cenizas y que fueron arrojadas a las fogatas del siglo VII a. C. De esta manera, algunos investigadores han interpretado la muerte de Heracles en este lugar como un «cuento etiológico destinado a explicar la práctica de echar efigies a las llamas»<sup>47</sup>.

El sacrificio del héroe en el monte Eta se considera el tránsito de la condición mortal a la inmortalidad<sup>48</sup>, es decir, Heracles pasa del mundo terrenal al Olimpo y adquiere, al igual que los leones en Egipto, la condición de dios. Esta idea se atestigua universalmente en el arte y en la literatura a partir del siglo VI a. C.<sup>49</sup>

El leopardo es otro animal que, junto al león, tigre y jaguar, forma parte de la familia de los félidos. Su constitución física es menos fuerte y poderosa que la del león. Respecto a la diferencia de carácter entre el macho y la hembra de esta especie, Aristóteles comenta:

«Las hembras son siempre más tímidas que los machos, salvo en el caso de los osos y los leopardos. En estos últimos la hembra parece ser más valiente. En los demás géneros, las hembras son más dulces, más astutas, menos abiertas, más impulsivas y más preocupadas por la crianza de sus pequeños, mientras que los machos son más bravos, más feroces, más abiertos y menos sagaces»<sup>50</sup>.

La piel de leopardo es un atributo que se asocia al héroe troyano Paris<sup>51</sup> y que se manifiesta de forma clara en un *kyathos* ático<sup>52</sup>. Suponiendo que Paris portara la piel de un leopardo (*párdalen* se atribuye tanto a la piel de pantera como a la de leopardo, pero en las representaciones artísticas como en la mencionada, se observa claramente que el pelaje claro con motas negras

<sup>45</sup> A. Bernand (1985), pp. 302–303.

<sup>46</sup> E., *HF.*, 359–363.

<sup>47</sup> G. S. Kirk: *La naturaleza de los mitos griegos*. Traducción editada por Argos Vergara. S. A., Barcelona, 1984, pp. 171–172, de *The nature of greek myths*. Londres: Pelican Books, 1974.

<sup>48</sup> F. J. Cuartero i Iborra: «Hèracles, fundador de sacrificis: l'heroi i les tres funcions», *Fa-ventia* 20/2, 1998, p. 24.

<sup>49</sup> G. S. Kirk (1984), p. 146. Como señala P. E. Slater (1992), p. 387, un rasgo curioso del mito es el hecho de que solo Heracles, entre los héroes griegos, se convierte en un dios.

<sup>50</sup> Arist., *HA.*, IX, 1, 608a11 34–36 y 608b 1–4.

<sup>51</sup> Hom., *Il.*, III, 15–17.

<sup>52</sup> LIMC=*Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae* I, 2. Zurich/Munich, 1981, p. 393.

corresponde a un leopardo) macho y teniendo en cuenta las palabras mencionadas por el filósofo Aristóteles sobre estos animales, podemos aventurar que la imagen del héroe dista mucho del canon del perfecto guerrero, hecho que se constata cuando el aqueo Diomedes le replica que baldío es el dardo de un hombre inútil y sin coraje<sup>53</sup>.

Otra característica de estas fieras, en este caso para cazar, es citada así por Eliano:

«Dicen que el leopardo despide de sí una admirable fragancia imperceptible a nuestro olfato, pero él tiene conocimiento de esta peculiar prerrogativa; también los demás animales la conocen, y caen en sus garras de la siguiente manera: el leopardo, cuando está hambriento, se oculta tras espeso matorral o denso follaje, se hace invisible y tan solo respira. Y entonces los cervatillos, las gacelas, las cabras salvajes y animales por el estilo se ven atraídos por su fragancia como por un hechizo y se acercan. Entonces el leopardo salta sobre ellos y se apodera de su presa»<sup>54</sup>.

Un episodio relacionado con este sentido olfativo se produce durante el combate entre Menelao y Paris cuando estando este último a punto de perecer, Afrodita lo arrebató con la facilidad de un dios, lo ocultó con una tupida bruma y lo depositó en el perfumado y aromático tálamo<sup>55</sup>.

Para finalizar con las características de estas fieras y su implicación en la personalidad de cada uno de los arqueros que portan sus respectivas pieles, mencionaremos al lobo que, a diferencia de los anteriores, pertenece a la familia de los cánidos. Afirmaba Aristóteles que los lobos son de buena raza, salvajes y péfidos... y de buena raza el que no ha degenerado de su propia naturaleza<sup>56</sup>. Cuando el troyano Dolón (*Dólos* tiene significado de engaño, trampa, etc.) se ofrece para espiar los planes de los aqueos, Héctor le contesta que con justeza te llamas Dolón y eres un patriota. Ya era de antiguo ilustre la casa de tu padre, y ahora tú la haces dos veces más gloriosa<sup>57</sup>.

También se dice de este animal que con su astucia congénita, suple lo que le falta de fortaleza<sup>58</sup>, estrategia que pondrá en práctica Dolón y que describe al Corifeo en el siguiente diálogo:

«Dolón.- Iré. Pero antes, en mi casa, cubriré mi cuerpo con vestiduras adecuadas, y desde allí me dirigiré a las naves de los argivos.

Corifeo.- ¿Qué otro vestido te pondrás en lugar de ése?

Dolón.- Uno que convenga a mi aventura y a mis pasos furtivos.

<sup>53</sup> Hom., *Il.*, XI, 390.

<sup>54</sup> Ael., *NA.*, V, 40.

<sup>55</sup> Hom., *Il.*, III, 380-382.

<sup>56</sup> Arist., *HA.*, I, 1, 488b 17-18 y 20.

<sup>57</sup> E., *Rh.*, 158-160.

<sup>58</sup> Ael., *NA.*, V, 19.

Corifeo.- De un sabio es obligado aprender algo sabio. Y dime, ¿cuál será tu indumentaria?

Dolón.- Me ceñiré a la espalda una piel de lobo y me pondré en la cabeza las fauces de una fiera. Adaptando sus miembros delanteros a mis manos y los traseros a mis pies, imitaré la marcha a cuatro patas del lobo e, inaccesible al enemigo, me acercaré a los fosos y a las defensas de las naves. En cuanto llegue a un lugar desierto, me pondré de pie. Ése será mi ardid»<sup>59</sup>.

Eliano informa sobre otra cualidad característica de estos cánidos:

«Es el animal de vista más penetrante, como que ve de noche, aunque no haya luna. De aquí que este momento de la noche, en el que sólo él por el privilegio de la Naturaleza puede ver, se llame lícofo. Y yo creo que Homero llama anfílice a la noche en la que los lobos se pasean viendo»<sup>60</sup>.

De la misma manera, Dolón llevará a cabo su labor durante la noche, tal y como anuncia el coro de la tragedia:

«Por el hogar y por la tierra patria ha osado él solo ir a la estación de las naves como espía, y su audacia despierta admiración. Escasean, por cierto, los valientes cuando la oscuridad se cierne sobre el mar y la ciudad se tambalea»<sup>61</sup>.

A lo largo de estas páginas hemos analizado distintos aspectos de la naturaleza de una serie de animales que, bajo la apariencia de un disfraz, intervienen de manera terminante en la personalidad de cada uno de los arqueros que lo portan. Parece como si los griegos hubiesen percibido en estos animales, un modo sutil de transmitir el valor que revisten para el mundo helénico cada uno de estos personajes. Así, la piel de león sobre el cuerpo de Heracles, ensalza aún más las virtudes del héroe tebano al asociarlo por antonomasia al «rey de los animales». A esto hay que añadir la derrota de este último a manos del hijo de Zeus, lo que traerá consigo una especie de transferencia de poder, que se traducirá en llevar la indumentaria del león como un símbolo que *a posteriori*, se convertirá en su seña de identidad para el resto de individuos tanto mundanos como divinos. De esta manera, el héroe más famoso de la mitología griega se asociará al felino más importante que existe sobre la faz de la tierra, el león.

Otro de los héroes mencionados es el troyano Paris o Alejandro, instigador de la contienda contra los aqueos a causa del «raptó» de la bella Helena, esposa de Menelao. A diferencia de su predecesor, Paris utilizará esta prenda esporádicamente, pero lo suficiente para hacer reflexionar sobre sus implicaciones. La imagen que trasmite el héroe en determinadas ocasiones, es semejante a lo comentado por Aristóteles sobre la diferencia entre el

<sup>59</sup> E., *Rh.*, 201–215.

<sup>60</sup> Ael., *NA.*, X, 26.

<sup>61</sup> E., *Rh.*, 243–250.

macho y la hembra de esta especie<sup>62</sup>. El coraje y la valentía de Paris serán puestos en tela de juicio por su propio hermano mayor Héctor:

«Al verlo [a Menelao] el deiforme Alejandro aparecer delante de las líneas, su corazón se aturdió de espanto y se replegó a la turba de los compañeros por eludir la parca. Como cuando uno retrocede y se aparta al ver una serpiente en las gargantas de un monte; el temblor invade sus miembros, hacia atrás se retira y la palidez apresa sus mejillas, así de nuevo se internó entre la multitud de altivos troyanos, temeroso del hijo de Atreo, el deiforme Alejandro.

Lo vio Héctor y le recriminó con vergonzantes palabras: ¡Calamidad de Paris, presumido, mujeriego y mirón! ¡Ojalá no hubieras llegado a nacer o hubieras muerto célibe! ¡Incluso eso habría preferido —y mucho más habría valido—, antes que volverte así afrenta y oprobio de los demás! A carcajadas seguro que ríen los aqueos, de melnuda cabeza, que creían que eras paladín y campeón, porque es bella tu apariencia; pero en tus mientes no hay fuerza ni coraje»<sup>63</sup>.

Otro de los aspectos relacionados con este héroe es la feminidad que exhibe en numerosas ocasiones y, en el caso que nos concierne, se percibe en la referencia al perfume o aroma del tálamo en el que Afrodita le deposita<sup>64</sup>, el cual guarda semejanza con una de las características innatas de los leopardos, el desprendimiento de una admirable fragancia en el momento de cazar a sus presas<sup>65</sup>. Estas peculiaridades hacen de la figura de Paris, un personaje totalmente opuesto en las formas y en el estilo al de Heracles, encarnación de la virilidad por excelencia y que se reflejan en las palabras que Afrodita le dirige a Helena:

«Ven aquí, te llama Alejandro para que regreses a casa. Allí está él, en el tálamo y en los torneados lechos, destilando belleza del cuerpo y del vestido. No dirías que viene de pelear con un hombre, sino que va a la pista de baile o que se acaba de sentar, nada más dejar la danza»<sup>66</sup>.

Finalmente, aludiremos al lobo, para el que la fortaleza es considerablemente menor que la de los animales anteriores, pero cuya astucia y valentía juegan un papel preponderante en la persona de Dolón, cuando el coro le anuncia que grande es el peligro y grande lo que piensas obtener a cambio. Dichoso serás si lo consigues. La tuya es una empresa gloriosa<sup>67</sup>. Una de las principales cualidades de estos cánidos es la nocturnidad, que se refleja en la misión que pretende ejecutar el soldado troyano y para el que el coro solicita ayuda divina:

<sup>62</sup> Véase Arist., *HA.*, IX, 1, 608a11 34–36 y 608b 1–4.

<sup>63</sup> Hom., *Il.*, III, 30–45.

<sup>64</sup> Véase Hom., *Il.*, III, 380–382.

<sup>65</sup> Véase Ael., *NA.*, V, 40.

<sup>66</sup> Hom., *Il.*, III, 390–394.

<sup>67</sup> E., *Rh.*, 195–197.

«Timbreo, delio Apolo, tú que frecuentas los templos de Licia, ven, cabeza divina, armado de tu arco, acude en medio de la noche y conviértete en guía salvador del héroe en su empresa...»<sup>68</sup>.

A pesar de las buenas intenciones de Dolón, la misión encomendada no alcanzará su anhelado éxito y el vástago de Eumedes, será apresado por los aqueos Diomedes y Odiseo y, posteriormente, ejecutado mediante decapitación<sup>69</sup>. La piel de este cánido cubriendo a Dolón, de igual modo que el resto de pieles de animales en los distintos héroes mencionados a lo largo de la exposición, simulan una especie de disfraz, que en el caso del lobo, parece conservar una estrecha relación con el universo demoníaco<sup>70</sup>. Es curioso observar que la representación de un individuo con esta vestimenta «se utiliza a veces en la misma Grecia para con el dios infernal»<sup>71</sup>. El propio Hades ordenará a otro de los ilustres arqueros, en este caso a Heracles, llevarse de los infiernos al perro Cerbero, cubierto únicamente con la coraza y la piel de león<sup>72</sup>. Es innegable, en efecto, la existencia de una conexión entre el héroe tebano, como portador de una indumentaria animal y el mundo subterráneo. En todos sus Trabajos, la piel de león actuará como un distintivo y símbolo de autoridad, incluso cuando en su búsqueda de los bueyes del tricéfalo Gerión y de las manzanas de oro de las Hespérides, se enfrente a seres representantes del tenebroso mundo del más allá. Otra correspondencia con el mundo de ultratumba hace referencia al tocado animal que porta cada arquero y que tendría su equivalente en el casco de Hades, «que hace invisible a quien lo lleva»<sup>73</sup>. En Dolón, la «invisibilidad» que le confiere la piel de lobo parece proceder de ese período de tiempo comprendido entre la puesta y la salida del sol, es decir, la noche, donde el cánido se mueve con mayor facilidad y sigilo, y cuyos pasos furtivos son respaldados por ella, la cual actuará como aliada y protectora.

En definitiva, se puede concluir que las pieles de los diferentes animales proporcionaron a estos ilustres arqueros su verdadera identidad, aspecto que permitiría adjudicar a cada uno de estos personajes, su lugar correspondiente dentro mundo helénico.

---

<sup>68</sup> E., *Rh.*, 225–230.

<sup>69</sup> Hom., *Il.*, X, 455–457.

<sup>70</sup> L. Gernet: *Antropología de la Grecia Antigua*. Traducción editada por Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1980, p. 140, de *Anthropologie de la Grèce antique*. París: Maspero, 1968.

<sup>71</sup> L. Gernet (1980), p. 145.

<sup>72</sup> Véase Apollod., II, 5, 12.

<sup>73</sup> L. Gernet (1980), p. 145.

